

JUAN CARLOS RODRÍQUEZ BÚRDALO

Ángel García López, *SESENTA SONETOS*, Colección Abezetario, Cáceres, 2006

El día 4 de mayo, el Presidente de la Diputación de Cáceres, el director de la colección *abeZetario* de poesía, y yo mismo, presentábamos en la Asociación de Escritores y Artistas Españoles (Madrid), la antología titulada *Sesenta sonetos*, de Ángel García López. Difícilmente podría escribir yo de un libro de este poeta sin mencionar que digo de la poesía de una de las voces más firmes del magisterio poético español de los últimos lustros, una voz tan auténtica como imitada, especialmente en la reivindicación poética de lo andaluz más sustantivo, tan personal y singular cuanto unánime el reconocimiento a sus valores, significación y lugar propia en la poesía española contemporánea. Y digo magisterio poético porque ya en 1973 Salvador Espriu, el gran patriarca de la lírica catalana contemporánea, escribía a Ángel García López estas palabras: “Ningún mérito tiene que te augure un muy destacado papel de maestro en el complejísimo panorama de la poesía castellana del último tercio de nuestra siglo”. Palabras escritas, repito, en 1973. De los poetas españoles vivos, pocos como Ángel García López han alcanzado un palmarés poético con este impresionante reconocimiento: Premio Adonais, Boscán, Nacional de la crítica, Internacional de poesía hispanoamericana, Internacional de Melilla, Ciudad de Salamanca y Nacional de literatura. Por dos veces propuesto para el Premio “Príncipe de Asturias de las Letras”, la última en 1996, año en que se le concede la Orden Civil de Alfonso X el Sabio.

Ángel García López es gaditano de Rota, y allí, sus paisanos le han dedicado una calle, como en la también gaditana de San Fernando. Juglar de Fontiveros e hijo adoptivo de ésta villa abulense y de Uleila del campo,

en Almería, Ángel es una voz del Sur. Entre los de su generación, la “Voz” del Sur. “Yo soy la voz”, nos dirá él mismo en un poema. Un Sur vivo en el corazón tras el exilio de 50 años en Madrid, donde vive y ha trabajado como enseñante de Literatura hasta hace 6; pero exilio al fin desde el niño y adolescente que fue, patria aquella de la infancia, que señalara Rilke, donde el poeta se reconoce, y a la que Ángel regresará insistentemente a lo largo de su obra. Tal el caso de los libros *Elegía en Astaroth*, *Mester Andalusi* o *Volver a Uleila*.

Su obra edita se inicia en 1963 con la publicación en la colección “Alcaraván” de *Emila es la canción*. Desde entonces, en estos 43 años, una larga treintena de poemarios, entre los que se incluyen nueve antologías (una de ellas francesa) y tres volúmenes con la Obra Completa configuran, por ahora, el edificio poético de nuestro autor, al que sin duda se añadirán otras plantas y un ático luminoso.

Debo decir ahora que conozco, leo, sigo y admiro a Ángel desde hace muchos años; aún más: en buena medida por él, por descubrirle a él, por leer su poesía escribo yo poesía, y por ella presumo de su amistad.

Cuando se iniciaba la década de los sesenta, un adolescente vertía sus primeras Inquietudes por el verso en poemas abrasados por la llama romántica de Bécquer y alguna poesía de Juan Ramón, lecturas éstas que cerraban su bachiller: un viejo libro de literatura, desvencijado y repegado en el servicio a varias promociones de alumnos de un colegio de huérfanos en el apacible Madrid de aquel tiempo. Años más tarde, veinte años más tarde, aquel adolescente de los sesenta, paseaba una tarde del otoño cacereño cuando sus ojos, siempre demorados en los escaparates de las librerías, se detuvieron entre un título y un nombre, Ángel García López: *Antología poética*. ¿Sería el mismo Ángel García que él conociera en el colegio de huérfanos, que por entonces se estrenaba en funciones docentes? La compra del libro fue inmediata; la apresurada lectura del apunte biobibliográfico, suficiente. Era el mismo Ángel García López. El rosario de premios de primer orden –Adonais, Boscán, Nacional de poesía...– le produjo una desconcertante sensación. ¿Cómo él no había tenido conocimiento de semejante personalidad y trayectoria? Seguramente, pensó, la vida y sus diferentes caminos, profesiones distintas, los años transcurridos... Luego, ya en casa, no fue leer, fue devorar aquella Antología extensamente prologada por Antonio Domínguez Rey para Plaza y Janés. Y, naturalmente, el deslumbramiento. la poesía de Ángel le abría –¿reabría?– un mundo mágico, intuido, cercano, brumoso y como agazapado en algún

lugar de su latir. Volvían aquellos poemas románticos de una adolescencia vivida junto al vuelo de golondrinas y el polvo de arpas olvidadas en salones oscuros, junto a una música que sonaba *melancolía de “las hojas muertas”*, los escarceos amorosos de un “Sapore di sale” o el despertar a un tiempo de “submarino amarillo”. Y la idea de recuperarlos para la poesía por caminos nuevos, un decir poético actualizado, al modo y palabra de Ángel, se hizo obsesión. Se fue a Madrid, buscó a Ángel y le mostró unos versos recientes. Ángel le reconoció, escuchó y aconsejó. Tenía mucho que leer, porque mucho eran el espacio y tiempo poético que repoblar. Por de pronto, todo cuanto, por razones que no son del caso referir, no cupo en aquel desvencijado libro del colegio de huérfanos que finalizaba con Juan Ramón. Hubo que leer a Machado, Vallejo y Neruda; Alberti, Lorca, Rosales, Guillén, Cemuda, Aleixandre, Dámaso y toda aquella generación del 27. Llegar después a Hierro, Otero, Anglada, hasta el impacto profundo, el alcance maravillado de Brines, Claudio, Ángel González, Gil de Biedma: el Grupo todo del 50, Explorar y descubrir a Rilke, Wordsworth, Pavesa, Cavas, Pessoa y tantos más... A todos leyó, y otra vez Ángel, su impresionante Trasmundo, como ejemplo de poesía del vivir amenazado, desnudez del alma en vemos trascendentes, poesía donde el hombre se encara solo, interior y absolutamente solo a su razón de ser y al trance de la muerte que se anuncia próxima, poesía esencial, definitiva, total.

Cuando en 1988 alumbré *Del perfil opaco de los pasos*, cuarto de mis libros en la cronología de los publicados, Ángel le puso un prólogo entrañable y sentido del que apunto este párrafo: «Ahora, recuperado a las proximidades afectivas, me lo encuentro convertido en la que siempre le sospechó el fatal cumplimiento de un destino inevitable que ya estaba acuñado. Hoy es un poeta que...».

Pero quiero centrar estas reflexiones en tomo *Sesenta sonetos*, libro arbolado sobre cuatro estancias. la primera, abarcadora de 18 composiciones, itinera el sentimiento amoroso y sus caminos con el paso y rito cierto de quien supo gozar el tránsito y el vino diverso que los diversos viñedos de la vida ofrecen; desde el blanco de las vides juveniles , degustados por un trago explorador y urgente, a los rosados con crianza , demoradas en la piel de la primera madurez; hasta el tinto de reserva, redondo y añejado, que sazona la bodega de la memoria, donde al fin vino joven, crianza y reserva, destilan el coñac del otoño de la vida y de (a viña, pasión de amar siempre encendida, llama o brasa, en el pecho del poeta.

De la bodega de Ángel García López, presento un blanco joven y *afrutado en sorbos* como éstos: “Por no hacerle la guerra a la costumbre, / allí, en el probador. Allí tus pechos, / tan blancos, tan franceses, tan derechos, / tan altos como el álamo y la cumbre. /... Allí, en el probador, ya desbocadas, / luchando con la seda y el encaje, / la lanza de la miel rompió la herida”.

De la misma bodega, este rosado con vocación carmesí: “Y busca su hospedaje, casa, raído, / pidiendo empadronarse en lo prohibido / que toca el ojo que miró tu boca. / Y lento, entre tus labios escindido, / dolido el iris de su tacto herido, / a tientas besa lo que ciego toca”.

Finalmente ofrezco este reserva cabal y memorable: “Hoy más que ayer y menos que la sombra / que mañana seré, cuando me diga / adiós, de mi presencia me despida / y, sin nombre, me vaya de tu boca”.

La sección segunda del volumen agrupa 23 poemas, yo diría que 23 retratos poderosos en colores de ternura y de ironía, a través de los cuales el poeta nos presenta estampas y escenas familiares de la entrañable cotidianeidad familiar, con un protagonismo de hijos y nietos del poeta en los que Ángel, además de volcar su magisterio como sonetista, se reencontra con lo mejor de sí mismo en la esencialidad de su interior como ser humano. No resisto señalar el poema titulado “Donde se cuenta, algo enfadado, cómo Arantxa nunca acaba de comer”, soneto repetidamente antologado y recogido en algunos manuales de bachillerato. Los segmentos Tercero y Cuarto, más breves que los dos anteriores, integran, uno, homenajes a poetas y artistas amigos o admirados por nuestro autor, como el dedicado a Gerardo Diego; y el otro, el segmento D, que cierra el volumen, una breve pero luminosa miscelánea de vida que concluye con un texto estremecedor titulado “Muerte del héroe”.

Termino con una cita extraída del apunte manuscrito de Rafael Morales que, a modo de noble puerta, ilumina las estancias de esta casa de sonetos. Escribe Rafael Morales: “La palabra poética de Ángel García López está llena de luz, de alas abiertas, Hay siempre frescor de amanecida en sus personales e inconfundibles recursos expresivos y pese a su barroquismo ten andaluz no caen éstos del lado del artificio ni de la simple ornamentación, sino del de la claridad y la revelación de lo profundo. Esta es una de las claves más significativas de la gran autenticidad poética de Ángel”.